A.P.C.E.
SIG. 1.2s/1231

45
28 Septe 46

Fuera de VALIJA

NOTICIAS DEL CONDE

ESTE conde es el llamado de Guadalhorce, don Rafael Benjumea y Burillo. El diario "Ya" comenta su reciente nombramiento para presidente honorario del Consejo de Obras Públicas de la España imperial, "premiándose así —añade dicho periódico— su capacidad como ingeniero de caminos". El conde es, en efecto, ingeniero de caminos. El conde es también estafador. Ingeniero y estafador de caminos. Su capacidad como estafador es, sin duda, superior a su capacidad como ingeniero. Como ingeniero le debemos aquel famoso pantano del Chorro, obra asombrosa de la Dictadura primorriverista, que, para ser chorro de verdad, no le faltaba más que el agua. Pero como estafador ha realizado en la Argentina una de las mayores estafas de nuestro tiempo. Tratándose de tal personaje, cabe preguntarse: ¿Qué es lo que el franquismo straperlista ha querido premiar en él: sus méritos como ingeniero o como estafador? Seguramente los straperlistas del yugo y las flechas admirarán más en el conde los millones de su estafa que los pantanos de su ingenio. El conde de Guadalhorce realiza, en efecto, para ellos, el ideal del perfecto patriota franquista dispuesto a quedarse con todo lo ajeno. Frente al conde de Guadalhorce y a otros estafadores de su calaña, ilustres jerarquías del Estado Azul, los refugiados que no nos hemos quedado con un céntimo de nadie, somos la más auténtica e irremediable anti-España. Para ser verdaderos patriotas nos falta haber estafado unas cuantas docenas de millones.

El conde de Guadalhorce demostró su patriotismo andando. Quiero decir que, al caer la cachonda dictadura jerezana, el conde, que fué su ministro de Obras Públicas, se marchó discretamente a Buenos Aires. En España no había por entonces más pantanos del Chorro que hacer. Los papanatas del continente se hacían lenguas de la gran obra que había realizado el gran ministro, infatigable constructor de puentes, carreteras, puertos, ferrocarriles, pantanos, canales y demás obras de ingeniería. De tal manera alababan su obra, que se diría que antes de ser el señor Benjumea ministro no había en España ni un mal camino, ni una pobre presa de agua, ni un triste malecón para atracar un velero. Claro que lo poco o malo que hizo el conde desde el ministerio de Obras Públicas lo tuvo que pagar luego la República.

Alentado por tales bombos, el conde fundó en Buenos Aires la "Compañía Hispano Argentina de Obras Públicas y Finanzas" (Chadopyf), con capital social muy inferior a las necesidades de la empresa, cuya finalidad principal era construir una línea de ferrocarril subterráneo en la capital argentina. En Buenos Aires había dos líneas de trenes subterráneos: una de compañía inglesa, y otra de compañía belga. El patriotismo español exigía que hubiera otra línea de compañía española. El patriota Benjumea se dedicó, pues, a sacarles el dinero a los españoles de Buenos Aires. La sociedad, con su escaso capital, emitió obligaciones con interés del siete por ciento, por valor de setenta y cinco millones de pesos, cuya colocación cedió Chadopyf a la patriótica casa Maura y Coll, mediante una comisión del veinte por ciento. Es decir, por cada cien pesos argentinos que les sacaban patrióticamente estos patriotas a los españoles de Buenos Aires, la Chadopyf sólo percibía ochenta, y los otros veinte eran la patriótica ganancia que los patriotas Maura y Coll se repartían con el patriota Benjumea. De ese modo, el interés líquido de las obligaciones se elevaba del siete a casi el nueve por ciento, por cuanto el capital de base disminuía de cien a ochenta pesos. De los setenta y cinco millones de pesos importe de las obligaciones, los españoles de Buenos Aires pagaron los setenta y cinco millones íntegros, pero la Chadopyf sólo recibió sesenta. Los otros quince millones quedaron en manos de Maura, Coll y Benjumea, todos ellos buenos patriotas y excelentes franquistas. Las obras de construcción del subterráneo no fueron, sin embargo, realizadas por la Chadopyf, sino por un "Consorcio Constructor Español", del cual formaba parte Benjumea con la plana mayor del franquismo de Buenos Aires. Dicho Consorcio cobró de la Chadopyf ochenta y nueve millones de pesos argentinos por las obras realizadas, que luego se demostró que sólo valían cuarenta y nueve millones. Esto es: la compañía pagó a la empresa intermediaria cuarenta millones más de lo que valían las obras, y esos cuarenta millones fueron la ganancia de los intermediarios, entre los cuales figuraba el conde, como también figuraba entre los otros intermediarios de la colocación de obligaciones que se habían quedado antes con quince millones de pesos argentinos. El mecanismo financiero de la Chadopyf, inventado por el ingeniero Benjumea, consistía en cobrar siempre menos y pagar siempre más, estableciendo unos intermediarios, pura creación de Benjumea, aprovechado partícipe, encargados de quedarse con la diferencia en un sentido y en otro, es decir, en menos cuando le daban el dinero a la Chadopyf, en más cuando lo recibían de ésta. Sin olvidar que el conde patriota percibía un importante sueldo como director técnico de la empresa, cobraba, además, dividendos de sus acciones de fundador y, por si no era eso bastante, hacía vales a caja por valor de más de un millón de pesos argentinos, que no fueron justificados. De ese modo, a medida que el conde se enriquecía, la empresa se arruinaba, al punto que se vió en la imposibilidad de pagar los intereses de las obligaciones, que en Argentina, como en otros países de América, llaman "debentures", empleando la palabra inglesa, y los desventurados debenturistas fueron con el cuento al juez, el cual ordenó una revisión de la contabilidad y, como resultado de ésta, el procesamiento y prisión del conde y de los otros patriotas franquistas implicados en la empresa, acusados de defraudación y falsedad en los balances. Y a la cárcel fué, con sus conmilitones y pandilleros, el conde de Guadalhorce, don Rafael Benjumea y Burillo, alta jerarquía del franquismo en la Argentina. Y cuando tiempo después obtuvo la libertad, se marchó prudentemente a España, protegido por el embajador de Franco en la Argentina, que es consuegro suyo. Y ahora reaparece el conde en Madrid como presidente honorario del Consejo de Obras Públicas del Imperio vertical y azul, premiándose así su capacidad como ingeniero de caminos. De camino real, se entiende: en despoblado y con trabuco. Y también como estafador de caminos. Estafa Una, Grande y Libre, que por esta vez asciende a la suma de cincuenta y cinco millones de pesos argentinos, extorsionados a los españoles de Buenos Aires, mediante el timo del patriotismo.

Siempre hemos creído que el "Movimiento Salvador" conduciría a estos resultados, y, en realidad, cuando estos patriotas hablaban de salvar a España, ya sabíamos que lo que querían era quedarse con lo que no era suyo. Y los demás nos quedamos con el orgullo de ser unas pobres personas decentes de la anti-España —quiero decir, unas personas decentes y pobres—, unos rojos que no han robado a nadie, ni han cometido la más pequeña estafa, unos refugiados adánicos con un pámpano delante y otro detrás, y las manos limpias en los bolsillos vacíos. Así da gusto.

EL VALIJERO